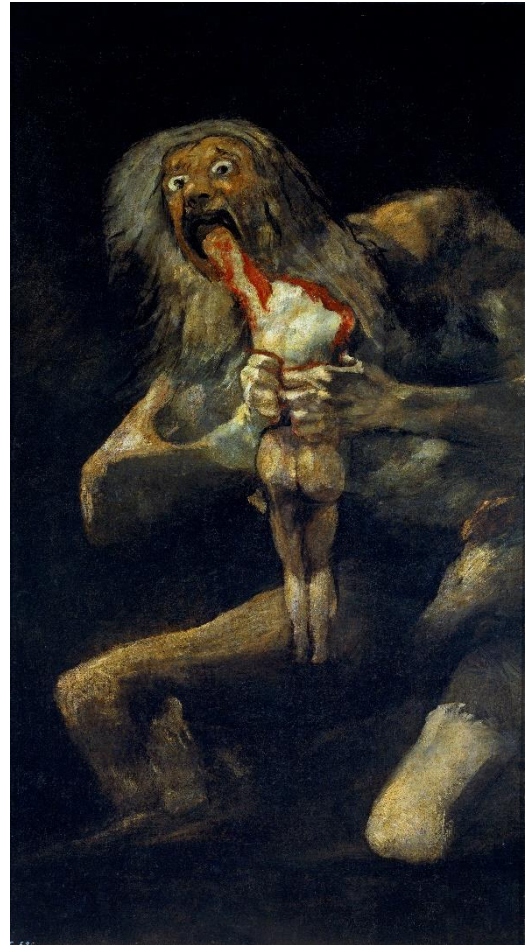


## GOYA: SATURNO DEVORANDO A SU HIJO

Nos encontramos ante una imagen de la obra *Saturno devorando a su hijo*, realizada por Francisco de Goya entre 1820-1823 (principios del siglo XIX). La pintura tuvo como soporte original la pared (ya que forma parte de las *Pinturas Negras* que Goya creó en "La quinta del sordo") para, a finales del siglo XIX, ser trasladada al óleo. Actualmente esta obra, que puede ser encuadrada dentro del romanticismo, se conserva en el Museo del Prado (Madrid).

En esta segunda mitad del siglo XVIII, la España del reformismo borbónico adopta una estética neoclasicista como reacción contra el Barroco y su derivación en el rococó. No obstante, el Neoclasicismo, marcado por la racionalidad, pronto resultará excesivamente uniforme, normativizado y carente de creatividad. Será así como otra corriente nacida en Gran Bretaña comience a expandirse: el Romanticismo. Con la caída de Napoleón, quien favoreció el Neoclasicismo, el Romanticismo vivirá su momento de mayor esplendor. Así, las nuevas naciones y la burguesía se decantarán por un arte dominado por el sentimiento, un arte de rebeldía, vinculado a los levantamientos liberales frente al poder establecido. Los artistas del romanticismo se liberan de las Academias y se dejan llevar en sus pinturas por la subjetividad, por el color, por las luces vibrantes y las composiciones dinámicas.



En este eje entre Neoclasicismo y Romanticismo se sitúa Goya, quien comenzó dentro del decorativismo barroco, sobrevivió al Neoclasicismo y creó un estilo personal que sienta las bases de buena parte de la pintura del siglo XIX y comienzos del XX (Romanticismo, Impresionismo, Expresionismo y Surrealismo, principalmente). Su personalidad individualista y libre supera toda clasificación estilística, si bien siempre consideró que sus maestros fueron Velázquez, Rubens y la naturaleza.

La pintura de Goya es fiel reflejo de sus crisis individuales y de las colectivas, que afectan al pintor y a la sociedad. En este sentido, la evolución histórica y pictórica del artista coinciden. Así, tras una etapa optimista que coincide con la producción de cartones para Tapices, la sordera derivada de su enfermedad a partir de 1872 y la involución política en España, consecuencia del miedo al contagio revolucionario francés, provocan en el artista la aparición de un espíritu crítico y pesimista que se dejará ver en sus obras.

Durante la Guerra de Independencia (1808-1814) Goya pasa por el dilema de verse dividido entre sus ideas ilustradas y afrancesadas y su patriotismo, lo que le llevará a la denuncia de la violencia y, con ello, a una evolución de su estilo con la utilización de pinceladas rápidas, sueltas, manchas de color en unas obras plagadas de gran contenido expresivo.

El conjunto de catorce escenas al que pertenece esta obra se conoce con el nombre de *Pinturas Negras* por el uso que en ellas se hizo de pigmentos oscuros y negros. Del grupo cabe destacar también, por su fuerza expresiva, *Las Parcas*, *Perro semihundido* o *Duelo a garrotazos*. A partir de la mitología y los ritos mágicos, Goya reflexiona en estas obras sobre un país en crisis, en decadencia tras los horrores vividos durante la Guerra de Independencia (1808-1814) y el regreso del absolutismo de la mano de Fernando VII. Una visión

**pesimista de la vida** en la que ha influido su **sordera** y la soledad en la que se encuentra en esta etapa de su vida.

Goya representa en este cuadro a **Saturno** (o **Cronos**), quien previamente había derrotado y destronado a su padre Urano (dioses del cielo) y, ante la **predicción de que sería destronado por uno de sus hijos, ha comenzado a devorarlo**.

De este modo, de un **fondo negro** surge el cuerpo entero de un **personaje desdibujado, deforme**, que sujeta con sus manos un **cuerpo inerte y mutilado**. Goya representa al dios como un verdadero **monstruo**, con **ojos atormentados**, llenos de ira (¿quizás en una alusión a como el tiempo nos devora inexplicablemente?). Se trata de una de las **Pinturas Negras** más desgarradoras y trágicas del artista, en la que **destaca la violencia y el intenso expresionismo del rostro de Saturno**, con su boca desgarrando la carne de su propio hijo y la mancha de color representando la sangre.

La **tenebrosidad de la pintura**, los tonos oscuros, el encuadre escogido y el ocre de la piel **acentúan el horror del acto**. La **pincelada, rápida y suelta, a base de manchas**, sin rastro de dibujo, ayudan a profundizar esta idea.

La **luz** que ilumina la escena principal tiene una única función: **mostrar el acto de crueldad**. Así, el marcado **claroscuro** contribuye a hacer aún más dramática esta escena.

El momento escogido por el artista para ser representado es aquel en el que el dios del tiempo desgarra el cuerpo de uno de sus hijos. Sin embargo, el mito cuenta que **Júpiter**, ayudado por su madre, consigue escapar al rito de su padre de devorar a sus hijos y más tarde acabará con su tiranía convirtiéndose en el principal dios de la mitología, padre de dioses y de hombres. **Relacionada con la situación política de la época de Goya**, la referencia literaria **podría evocar al hombre que destruye al hombre**, si bien algunos incluso lo vinculan con el **absolutismo y el abuso del poder** por parte de Fernando VII.

Lo que queda claro es que Goya se muestra como un **pintor revolucionario**, que prescinde del dibujo y apuesta por grandes manchas de pintura. Las formas monstruosas muestran la **visión más oscura del ser humano**, claro reflejo de su pensamiento en la época. Una visión que se acentuará con el paso de los años, fruto de su sordera, que lo aísla del mundo, y de su experiencia durante la guerra. Por todo ello, esta etapa se considera **precursora**, en casi un siglo, **del movimiento expresionista** que se dará en los primeros años del siglo XX.